

COLECCIÓN VALLE DE PACHACAMAC

# ARQUEOLOGÍA DEL PERIODO FORMATIVO EN LA CUENCA BAJA DE LURÍN

Richard L. Burger y Krzysztof Makowski  
Editores



## Capítulo 1



Volumen 1



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

*Arqueología del Periodo Formativo en la cuenca baja de Lurín*

Primera edición: marzo de 2009

© Richard L. Burger y Krzysztof Makowski, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

*Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,  
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.*

ISBN (obra completa): 978-9972-881-4

ISBN (volumen 1): 978-9972-42-882-1

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2009-03002

Impreso en el Perú – Printed in Peru

# Los fundamentos sociales de la arquitectura monumental del Periodo Inicial en el valle de Lurín

Richard L. Burger

## Introducción

La arquitectura monumental es una de las características más notables de las sociedades complejas en el mundo. Como veremos más adelante, el término se emplea para designar a una variedad de edificaciones que habrían tenido funciones y significados completamente diferentes para sus usuarios originales. Debe señalarse que, en el nivel más básico, toda arquitectura monumental es meramente el resultado de los esfuerzos constructivos efectuados por una población durante un periodo de tiempo específico, con el propósito de alcanzar uno o más objetivos. Ni la amplitud del lapso de tiempo invertido para levantar un monumento, ni su función y significado últimos son implicados por el término «arquitectura monumental». Desde este punto de vista, pueden considerarse ejemplos de arquitectura monumental un complejo ceremonial usado por miles de personas, una tumba construida para el entierro de un rey, un palacio que sirve como residencia del poder secular, un elaborado santuario considerado el centro del universo, una pirámide funeraria edificada en pocos años o una pirámide similar construida durante un milenio. Muchos de los sitios mejor conocidos del Perú prehispánico se caracterizan precisamente por su carácter monumental, así como por su particular significado histórico. Chavín de Huántar, Cahuachi, Tiahuanaco, Marcahuamachuco, Pachacamac, Túcume, Chan Chan, Cuzco, entre otros antiguos centros peruanos de poder secular y sagrado, se distinguen por la presencia de edificios grandes y elaborados. A menudo, estas edificaciones son fácilmente definidas como «arquitectura monumental», término que involucra componentes arquitectónicos tales como grandes residencias, edificios públicos y diversas

construcciones de propósito especial. Se ha afirmado tradicionalmente que para que la arquitectura monumental sea reconocida como tal, su escala y elaboración deben exceder las demandas de cualquiera de las funciones prácticas que un edificio puede poseer (Trigger 1990: 119). Durante gran parte de este siglo, los arqueólogos han creído que las construcciones monumentales se popularizaron en los Andes centrales solo con el surgimiento de la civilización Chavín durante el primer milenio antes de Cristo, y que la mayoría de los ejemplos mejor conocidos de arquitectura monumental andina fueron erigidos en fechas tardías.

Sin embargo, en las tres últimas décadas los arqueólogos han tomado conocimiento de que muchos centros con arquitectura pública y monumental fueron construidos en la costa peruana durante el segundo milenio antes de Cristo (Williams 1971; 1972), una época conocida como el Periodo Inicial o Periodo Formativo Inferior. Varios ejemplos de edificios monumentales tempranos fueron discutidos en la Conferencia de Dumbarton Oaks sobre «Arquitectura ceremonial temprana en los Andes» realizada en 1982 (Donnan 1985). Las investigaciones recientes no solo han confirmado la ubicación temporal de muchos de estos sitios dentro del Periodo Inicial, sino que además han proporcionado ejemplos de arquitectura pública de gran escala en la literatura especializada. Algunos sitios con arquitectura monumental que se fechan sin duda alguna en el Periodo Inicial incluyen a Huaca Florida, Garagay, Mina Perdida y San Jacinto en la costa central, y Sechín Alto y Pampa de las Llamas-Moxeke en la costa norcentral. Si bien varios sitios monumentales ya existían antes del Periodo Inicial —tales como Áspero, Bandurria, Caral, La Galgada y Kotosh—, estos eran numéricamente escasos y generalmente de pequeña escala (Burger 1992: 26-55; Feldman 1985; Moseley 1975; Quilter 1991; Shady 1997).

La presencia constante de arquitectura monumental prechavín ya no es un tema central de debate. No obstante, aún existen algunos desacuerdos concernientes a las bases sociales de dichas construcciones, como, por ejemplo, el que sostiene el autor (Burger 1987: 373; Burger y Salazar en este volumen) y Thomas Patterson (1983) respecto de los planteamientos de Thomas y Shelia Pozorski (Pozorski y Pozorski 1987; S. Pozorski 1987). Si bien es cierto que la cantidad limitada de investigaciones sobre los sitios del Periodo Inicial es responsable de esta falta de consenso, también debe anotarse como causa probable las diferentes maneras en que los arqueólogos conceptualizan la noción de arquitectura monumental, así como sus diferentes presunciones acerca de la naturaleza de las sociedades humanas.

En un importante artículo sobre el significado transcultural de la arquitectura monumental, Bruce Trigger (1990) sostiene que, prescindiendo de las diferencias funcionales y de los diversos significados culturales, la creación de una clase superior ha sido siempre un hecho imprescindible; esta controló gran parte del excedente productivo de las sociedades, y tuvo poder político coercitivo capaz de movilizar la fuerza de trabajo necesaria para llevar a cabo esos proyectos no utilitarios.

Trigger concibe la arquitectura monumental como una forma de «consumo conspicuo», en el sentido que Thorsten Veblen (1899) le da al término, esto es, el modo en que la energía invertida en un monumento es empleada para incrementar el poder y el prestigio social de una élite. Desde este punto de vista, la coerción constituye un requisito universal que subyace a la construcción de edificios públicos de gran escala. Trigger sigue a Zipf (1949) y asume que, en todas las culturas, las poblaciones buscan conservar energía a fin de satisfacer sus necesidades con un esfuerzo personal mínimo. Usando esta lógica, se concluye que solo la presencia de un tipo de fuerza institucionalizada, en el marco de sociedades jerárquicamente complejas, posibilita la construcción de monumentos no utilitarios de gran escala.

Como las joyas elaboradas o los palacios fastuosos, las construcciones grandes e innecesariamente complejas podrían representar el consumo conspicuo que la élite hace de la energía de otros (Clark 1990). La arquitectura de gran escala, en la opinión de Trigger, «constituyó la más pública incorporación del poder de las clases superiores» (Trigger 1990: 126). Este aparente vínculo axiomático entre sociedad compleja y arquitectura monumental ha tenido profundas raíces en la filosofía social occidental, pues ha sido común no solo en los círculos intelectuales. La creencia popular de que las pirámides de Egipto fueron construidas gracias a la acumulación de contingentes de esclavos sometidos al control estatal, y la visión similar que se tiene de los palacios y de las grandes murallas edificadas por los «déspotas orientales» (véase Friedman y Rowlands 1978), han tenido un poderoso impacto en el imaginario público, incluyendo a los arqueólogos, quienes han consumido tales imágenes durante su juventud en forma de programas televisivos, películas y novelas.

Esta posición tradicional asume que la capacidad para planificar a gran escala, construir edificios monumentales, producir objetos de alta calidad artística, y movilizar y dirigir grandes partidas de trabajadores solo es posible en un contexto de coerción política y especialización económica. Si aceptamos las generalizaciones transculturales precedentes sin ponerlas en tela de juicio, concluiríamos que

las bases sociopolíticas de la arquitectura monumental del Periodo Inicial en la costa central del Perú no conllevan problemas interpretativos de grado mayor. Antes bien, estos monumentos deberían ser considerados símbolos del poder de la élite; más aún si el propio Trigger especula que los templos tempranos del Perú, como aquellos de Mesoamérica y Mesopotamia, pudieron haber sido edificados por la clase dirigente para consolidar su jerarquía y poder político.

Puesto que es dudoso que la arquitectura a gran escala haya sido usada únicamente por la élite para legitimar, reforzar y glorificar su posición en el mundo, resulta válido preguntarse si esas fueron realmente las motivaciones subyacentes en todos y cada uno de los casos que exhiben arquitectura monumental antigua. ¿Podemos afirmar que existe una explicación única para toda una clase de restos arqueológicos sin considerar el contexto histórico específico de las sociedades que las crearon? Trigger ha escrito que: «Lejos de proporcionar datos objetivos que pueden ser usados para interpretar hallazgos arqueológicos, las generalizaciones neoevolucionistas y la tradición oral ofrecen interpretaciones que deben ser examinadas contrastándolas con el dato arqueológico» (1993: 541). Ciertamente, la propia interpretación «energética» de la arquitectura monumental de Trigger, así como el modelo evolucionista y sociocultural preferido por Haas, Friedman y Rowlands, y los Pozorski, deben estar sujetos al mismo examen crítico.

Es significativo que no tenga aceptación universal la suposición de que solo un aparato político coercitivo es capaz de producir arquitectura monumental. Existen conceptualizaciones alternativas respecto de la relación «natural» o «lógica» entre la sociedad y los proyectos públicos de gran envergadura. José María Arguedas, distinguido antropólogo y uno de los más grandes literatos peruanos modernos, proporciona una versión muy diferente de esta relación. Basado en sus experiencias cuando niño en la sierra peruana y en sus estudios antropológicos del sur de Ayacucho, Arguedas (1941) ofreció un retrato vívido de la vida de la comunidad andina de Puquio en *Yawar fiesta*.

En un incidente central en la trama de la novela, basado en un hecho ocurrido realmente en 1926, Arguedas describe cómo desde hacía mucho tiempo los pobladores de Puquio consideraban necesaria la construcción de un camino que comunicase su pueblo con la costa. Sin embargo, a pesar de este anhelo, el Estado peruano no había proporcionado los recursos, asistencia o gestión necesarios para emprender dicho esfuerzo. Arguedas contrastó la ineficacia del Estado como autoridad política con el enorme poder creativo de los *ayllus*, las unidades organizativas de base comunitaria de la sierra quechuahablante. En la novela, el extenso camino hacia la costa fue finalmente construido por los *ayllus*, gracias a su espíritu de

competencia intercomunitaria sumado a una atmósfera festiva de canto, danza y bebida. Los *ayllus* de Puquio, habitantes de tierras que alcanzan 3.200 metros sobre el nivel del mar, construyeron el camino hacia la costa del Pacífico en un tiempo récord, sin asistencia o interferencia del gobierno (Arguedas 1964). Independientemente de las especificidades históricas de este hecho, el argumento de Arguedas es claro: un enorme poder para crear y transformar reside en los *ayllus* cuando compiten ritual y simbólicamente entre sí, movilizándolo su fuerza de trabajo con el propósito de conseguir un objetivo común (cf. Urton 1992). Esta situación es claramente expresada en *Yawar fiesta* mediante las palabras atribuidas a uno de los líderes (o *varayok'*) de uno de los *ayllus*, quien ridiculiza la idea de que los indígenas de Puquio eran incapaces de emprender y culminar la construcción del camino:

En Pichk'achuri, el *varayok'* alcalde [líder del ayllu] mostró con su vara las montañas del lado de la costa, y dijo que si los pobrecitos de Coracora [un pueblo vecino] querían entrar en competencia con los comuneros de Puquio, los cuatro ayllus harían una tajada entre los cerros y traerían el mar hasta la orilla del pueblo (Arguedas 1985: 60).

Como hemos señalado, para los ojos de Arguedas el Estado centralizado y coercitivo ofrece una imagen opuesta al dinamismo innato de las comunidades indígenas, y es posible prescindir de él para organizar trabajos públicos de gran envergadura. Los líderes cívico-ceremoniales o *varayok'* —quienes ejercen el cargo de manera rotativa— conforman, con ayuda de los demás comuneros y de los sacerdotes locales, un conjunto humano con capacidad suficiente para efectuar otras tantas obras monumentales en Puquio.

¿Cómo comprender la profunda diferencia que radica entre la perspectiva de Trigger y la de Arguedas? Es probable que el razonamiento que explica la presencia de edificios públicos de escala monumental únicamente como producto del poder coercitivo de la élite o el Estado se deba a una perspectiva propia de la sociedad occidental moderna y a las estructuras lógicas que la legitiman. Trabajos recientes efectuados en el Viejo Mundo sugieren que las sociedades carentes de estratificación jerárquica también emprendieron proyectos de gran envergadura (cf. Sherrat 1990). En el presente ensayo, los centros monumentales del Periodo Inicial de la costa central del Perú constituyen ejemplos que no concuerdan con las generalizaciones transculturales de la manera que sostiene Trigger. Antes bien, el estudio de tales sitios sugiere un tipo diferente de vínculo social entre los edificios y sus creadores.

¿Es realista creer que una sola generalización de aspiración universal puede explicar fenómenos tan disímiles como la arquitectura monumental? Desde una posición saludablemente crítica resulta obvio que continuamos considerando tales generalizaciones básicamente por la popularidad de la que goza el término «arquitectura monumental» en nuestro sistema académico de clasificación, antes que por su corroboración a través de estudios analíticos.

### **Un contraejemplo: los complejos piramidales de la costa central**

Nuestras investigaciones de los complejos del Periodo Inicial de la costa central peruana sugieren que, contrariamente a las especulaciones de Trigger y otros, la arquitectura monumental temprana de esta parte del mundo fue emprendida por sociedades organizadas con menores jerarquías que los llamados cacicazgos complejos o estados. Tales edificaciones fueron el producto de un sistema socioeconómico basado en el trabajo cooperativo y no en la coerción ejercida por un estrato social en el poder.

Más que para consolidar el poder de una élite, los monumentos parecen haber sido edificados para crear ambientes apropiados para que determinados miembros de la comunidad puedan comunicarse con lo sobrenatural y con miembros de otros grupos sociales. Por lo tanto, entender el rol de los complejos piramidales de la costa peruana durante esta época implica evaluarlos dentro del contexto de la vida cotidiana y del pensamiento de sus constructores. Su comparación con aquellos artefactos artísticos que suponen notable inversión de energía, tales como las joyas de oro y plata de Sipán (Alva 1994), resulta mucho menos fructífera que entenderlos como fenómenos con historias complejas. Lejos de ser estáticos, su forma, escala y grado de elaboración debieron forzar su continua modificación. Nuevamente debe reiterarse que, antes que poseer un significado transcultural predecible e inherente, la arquitectura monumental solo puede ser comprendida como resultado del contexto sociocultural históricamente circunstancial dentro del cual fue creada y utilizada.

Contrariamente a la situación prevaleciente en tiempos históricos tardíos en los Andes centrales, la arquitectura monumental fue muy común en la costa central durante el Periodo Inicial. De hecho, en ningún momento, antes o después, hubo tantas estructuras de gran tamaño en los pequeños valles de esta parte de la costa del Pacífico. La arquitectura pública de tales complejos presenta una distribución con planta en forma de «U», usualmente con una gran pirámide aterrazada en el eje central y dos largas y elevadas plataformas que, en forma paralela,



se extienden hacia afuera del eje. Por lo tanto, los montículos elevados definen por tres lados una gran plaza o espacio abierto. Se conocen más de veinticinco de estos complejos monumentales en los valles de Lurín, Rímac, Chillón, Chancay y Pativilca, generalmente emplazados en las secciones medias e inferiores de los valles; es decir, en los lugares en donde la agricultura de irrigación y los recursos marinos proporcionaron las bases de la subsistencia (Burger 1987). Asimismo, estos centros comparten una serie de similitudes entre sí. Además de su disposición en planta en forma de «U», están orientados siempre hacia el noreste, por lo que a menudo se considera que reflejan una tradición religiosa y/o cultural compartida (Burger 1992; Williams 1985).

La escala enorme de estos complejos arquitectónicos es por sí sola evidente. Por ejemplo, la arquitectura monumental del sitio de Garagay, en el valle del Rímac, cubre 169 mil metros cuadrados y posee una pirámide central que se eleva hasta veintitrés metros por encima del nivel del área circundante. Rogger Ravines y William Isbell, quienes trabajaron en el lugar, han calculado que el volumen de los edificios públicos del sitio excede el medio millón de metros cúbicos (Ravines e Isbell 1976: 258). San Jacinto, en el valle de Chancay, es un centro similar pero sustancialmente más grande que Garagay; se estima que se habrían empleado casi tres millones de metros cúbicos de material para nivelar las treinta hectáreas de su plaza central (Williams 1981: 107). En la década siguiente, Patterson (1983: 31) estimó que el trabajo requerido para la construcción de los grandes montículos de la costa central durante el segundo milenio antes de Cristo excedió el valor de doce millones de días-hombre. No obstante, este cálculo debería incrementarse a la luz de la información proporcionada por las últimas investigaciones, toda vez que ahora se sabe de centros con planta en «U» antes desconocidos —por ejemplo, Buena Vista y Candela en el valle de Lurín—, más aún si se tiene en cuenta que los estimados de Patterson no incluyeron los esfuerzos que habrían sido necesarios para rellenar y nivelar las plazas centrales de los complejos identificados.

### **Investigaciones en el valle de Lurín**

Lurín es el valle más sureño de aquellos con presencia de complejos piramidales en forma de «U» del Periodo Inicial, dado que su existencia en Mala (Williams 1981) no ha sido comprobada. Ciertamente, Lurín no es un gran valle; es significativamente más pequeño que los de Chancay, Rímac o Chillón. Durante el Periodo Inicial existieron seis centros con planta en forma de «U» en el valle bajo de Lurín: Buenavista, Mina Perdida, Parka (actualmente destruido) y Cardal en

la margen sur; y La Candela y Manchay Bajo en la margen norte (figura 1). Otros centros con arquitectura monumental, como Piedra Liza o Malpaso, se ubican en la sección estrecha del valle medio. En 1985 se inició un estudio de largo plazo de la ocupación del valle durante el Periodo Inicial, y se dedicaron seis campañas de excavación en tres de estos sitios: Cardal, Mina Perdida y Manchay Bajo. Los resultados de nuestras investigaciones son consistentes con la información proveniente de los centros en forma de «U» coetáneos con otros valles de la costa central.

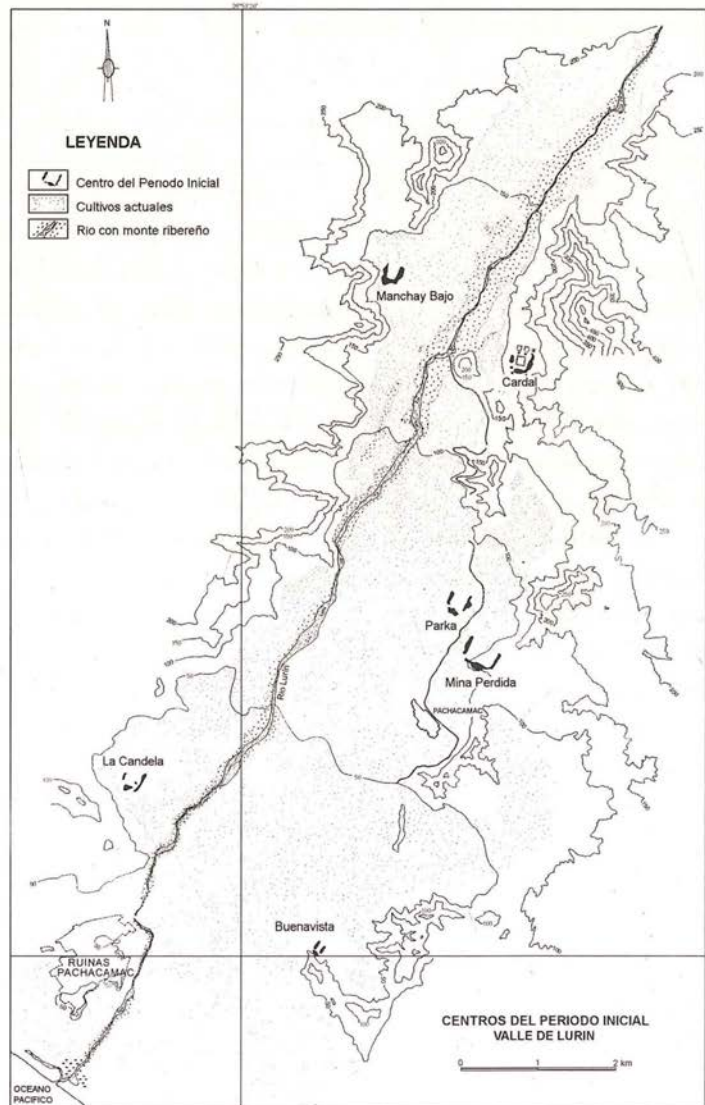


FIGURA 1.  
Ubicación de los centros con planta en «U» del Periodo Inicial en el valle de Lurín.

La arquitectura pública que hemos investigado en Cardal no es precisamente un gran ejemplo de las construcciones de este periodo. La Florida, en el vecino valle del Rímac, es cuatro veces más grande, y se sabe de complejos todavía mayores en el valle de Chancay. No obstante, el complejo de Cardal, con un edificio monumental que se extiende sobre unas veinte hectáreas y que alcanza 380 metros de longitud de un lado a otro, es enorme si se compara con las construcciones públicas de los cacicazgos clásicos del Pacífico sur. La cantidad mínima de trabajo que habría sido empleada en su construcción ha sido estimada en dos millones de días-hombre aproximadamente (Burger y Salazar 1991). Patterson estima que el volumen del relleno de las plataformas de Cardal —sin incluir el relleno usado para nivelar la plaza central— fue de 260 mil metros cúbicos, unas 130 veces el montículo funerario más grande construido por los cacicazgos tonga de Oceanía y dieciséis veces más que la mayor estructura pública moloka'i edificada por los cacicazgos hawaianos.

El complejo de Mina Perdida, ubicado cerca de Cardal, se encuentra severamente dañado por las actividades modernas; sin embargo, a juzgar por las secciones todavía presentes, es posible observar que la arquitectura pública de este sitio fue sustancialmente mayor. Por ejemplo, su montículo central de veintidós metros de altura contrasta con los escasos doce metros de su similar de Cardal y trece metros de aquel de Manchay Bajo. Igualmente, el ancho de este montículo fue dos veces más grande que el de Cardal o Manchay Bajo.

En la actualidad, la arquitectura pública más evidente en Cardal, Mina Perdida y Manchay Bajo corresponde al último episodio de uso. Estas construcciones tardías se superpusieron sobre numerosos edificios públicos anteriores, por lo que se concluye que la enorme escala que tanto ha impresionado a los arqueólogos fue alcanzada solo después de siglos de construcciones continuas. En Mina Perdida, un perfil expuesto por una zanja de huaqueo en la mitad del montículo central nos ha permitido estudiar este proceso de crecimiento vertical y horizontal (véase artículo de Burger y Salazar en este volumen). Allí fue posible registrar doce metros de estratigrafía vertical, pero no se pudo documentar los primeros siete metros inferiores. En el 63% superior de la pirámide logramos identificar al menos veinte episodios constructivos. Cada uno de ellos supuso el entierro intencional de la construcción más antigua, lo que a su vez sirvió de base para nuevos pisos y/o paredes. Por lo general, estos rellenos tuvieron un espesor de 0,5 metros o algo menos, sin exceder nunca un máximo de dos metros. Durante el momento final de uso de la pirámide, y cuando la cima fue cubierta por diversas estructuras de quincha, se necesitaron solo pequeñas cantidades de relleno para

nivelar y crear nuevas superficies constructivas. Así, la cantidad de trabajo requerido en cualquiera de los últimos episodios constructivos de Cardal, Mina Perdida o Manchay Bajo no excedió probablemente la cantidad de trabajo invertido para crear las plataformas inferiores. El caso de Mina Perdida ilustra bien que el incremento del volumen de los edificios no necesariamente implica un aumento sustantivo en la cantidad de mano de obra necesaria para completar un proyecto de renovación arquitectónica.

La limpieza parcial de la zanja de huaqueros, ubicada en la sección frontal de la pirámide mayor de Mina Perdida, permitió el seguimiento de la secuencia de construcción del montículo, aparentemente desde la plataforma más antigua hasta el evento final de uso, actualmente todavía visible en la superficie erosionada. Durante la época de actividad en el montículo, una serie de seis escalinatas centrales fue construida, todas superpuestas y con el mismo eje de orientación. La más antigua fue construida directamente sobre el suelo culturalmente estéril; consiste de ocho escalones hechos con adobes cúbicos enlucidos y conduce a una plataforma de solo tres metros de altura.

Cada uno de los episodios constructivos de Mina Perdida supuso la conformación de espacios propios en la cima del montículo. En este aspecto, los complejos tipo Mina Perdida y Cardal son más semejantes al Templo Mayor de Tenochtitlán que a la pirámide de Keops. Además, la configuración final de Mina Perdida y Cardal de ninguna manera fue la aspiración original de sus constructores. Simplemente fue resultado del último esfuerzo público de la sociedad antes de su descomposición y la consiguiente paralización de los procesos cíclicos de enterramiento y renovación de la arquitectura.

La cantidad de tiempo transcurrido durante los diferentes eventos constructivos de Mina Perdida aún no ha sido totalmente establecida, pero ciertamente comprende varios siglos. No obstante, disponemos de cinco fechados radiocarbónicos procedentes de los pisos asociados con las últimas construcciones ubicadas en la cima del montículo y elaboradas a base de cañas y barro (quincha): 2900 ± 90 a. del p. (I-14253); 3.000 ± 40 a. del p. (Beta-80345); 3.020 ± 100 a. del p. (I-17974) y 3.120 ± 130 a. del p. (I-17973). Debajo de estos pisos se registraron dos cuartos superpuestos, de tamaño considerable y con paredes de piedra (véase artículo de Burger y Salazar en este volumen). La habitación superior (Rm-1) —cuyo piso se ubica aproximadamente seis metros debajo de la superficie— está asociada a un fechado de 3.120 ± 90 a. del p. (I-14254). Paralelamente, hemos observado en los perfiles inferiores de estas estructuras varios episodios de construcción con presencia de adobes cónicos. Una muestra asociada con la última pared de adobe arrojó

el fechado de  $3.400 \pm 90$  a. del p. (I-16762). Por último, otra muestra tomada al pie de la escalinata central más antigua proporcionó el fechado de  $3.520 \pm 100$  a. del p. (Beta-77374). Los fechados obtenidos de muestras de los brazos laterales ( $2.870 \pm 90$  a. del p. [I-16762] y  $2.960 \pm 80$  a. del p. [I-15577]) sugieren que las construcciones en el complejo continuaron realizándose incluso después de la destrucción parcial de la cima de la pirámide mayor. Si calibramos estos fechados para obtener equivalentes en años calendáricos, los resultados sugieren que la pirámide principal de Mina Perdida fue construida secuencialmente durante un lapso que abarcó al menos diez siglos con años calibrados (1.900-200 a.C.).

Tales evidencias acumuladas durante un periodo de tiempo tan prolongado son consistentes con los cambios tecnológicos que se observan en Mina Perdida. Por ejemplo, las construcciones más tempranas constan de paredes con adobes cúbicos pequeños y rellenos con piedras angulares medianas. En cambio, los eventos posteriores se caracterizan por paredes toscas de piedra, con mortero de barro y rellenos de bolsas de fibra vegetal y fragmentos de arcilla. Como ya hemos mencionado, las últimas construcciones en la cima de los montículos de Mina Perdida se caracterizan por paredes endebles de quincha. Pese a estas sorprendentes tendencias en cuanto a la tecnología constructiva, se observa una marcada continuidad de un evento a otro, tanto en el diseño de los ambientes como en el planeamiento arquitectónico del sitio, a la par que se constata que los cambios en los materiales empleados también fueron graduales.

En el sitio de Cardal obtuvimos resultados similares a partir de nuestras excavaciones. En el montículo mayor registramos cuatro fases principales de construcción correspondientes al 40% superior del volumen total de la plataforma, y es probable que aún se encuentren ocultas evidencias de construcciones anteriores (Burger y Salazar 1991: figura 7; véase su artículo en este volumen). Disponemos de una serie de veintiséis fechados radiocarbónicos que indican que las fases principales de construcción en el atrio se sucedieron en intervalos de un siglo o menos (ibid.: cuadro 1). Por ello, afirmamos que la construcción de la arquitectura monumental en Cardal implicó un periodo de 300 a 400 años radiocarbónicos (aproximadamente 1.150-800 a.C.), o más de 500 utilizando años calibrados (aproximadamente 1.400-850 a.C., años calibrados). En Manchay Bajo hay también evidencias abundantes de múltiples episodios de construcción durante muchos siglos. Por ejemplo, los trabajos en la temporada de 1999 revelaron cuatro atrios sobrepuestos y ocho versiones secuenciales de su escalinata central.

Tal como David Kaplan (1963) y Charles Erasmus (1965) señalaran cuatro décadas atrás, los complejos monumentales que crecieron en volumen, abarcando

un periodo de varios siglos, podrían haber sido erigidos por poblaciones poco numerosas. En efecto, en el caso de Cardal, calculamos que doscientas personas habrían podido construirlo trabajando durante un mes al año a lo largo de cinco siglos. De acuerdo a esto, el trabajo involucrado no habría sido una carga insuperable para una sociedad compuesta por 1.500 individuos, sobre todo si las labores estaban concentradas en los meses de invierno, cuando el trabajo agrícola es mínimo debido a la escasez de agua necesaria para la irrigación.

Por otra parte, no fueron muchas las habilidades técnicas necesarias para levantar la arquitectura monumental característica del Periodo Inicial. De hecho, la experiencia adquirida a partir de la construcción de las viviendas y los canales habría proporcionado la mayor parte de los conocimientos necesarios. Más aún, si tomamos en cuenta la simplicidad de la técnica y la pequeña inversión de mano de obra implicadas en cualquiera de los eventos de construcción, ya sea en Cardal, Mina Perdida o Manchay Bajo, parecería innecesario, o hasta inapropiado, suponer la necesaria presencia de una autoridad coercitiva típica de un Estado centralizado como factor explicativo de estas construcciones monumentales.

El planteamiento sugerido para explicar la historia de las construcciones en ambos sitios tiene consecuencias importantes para evaluar las relaciones entre los diferentes complejos con planta en «U» del valle bajo de Lurín. Tales conclusiones tienen especial relevancia para la discusión relativa a los vínculos sociales existentes entre las estructuras monumentales. En primer lugar, es evidente que Mina Perdida, Cardal y Manchay Bajo, separados tan solo por 8,5 kilómetros, funcionaron como centros contemporáneos durante un par de siglos (c. 3.100-2.900 a. del p.). Por lo tanto, las afirmaciones que sostienen que Cardal fue construida a raíz del abandono de Mina Perdida pueden ser descartadas. Este deslinde es importante, pues si esta hipótesis hubiese sido aceptada habría brindado apoyo a otro planteamiento que sostiene que los centros con planta en «U» del valle de Lurín constituyeron series cronológicas de capitales (o «cabezas» de valle) con duración muy corta. En lugar de esto, es factible deducir la coexistencia de varios centros de carácter similar en el valle bajo de Lurín durante esta época.

Si deseamos, por ejemplo, comprender la relación entre Cardal y Mina Perdida, debemos ensayar una explicación para sus tamaños evidentemente contrastantes. La altura máxima de la pirámide central de Mina Perdida es 22 metros y su ancho 95 metros, mientras que la pirámide homóloga de Cardal registra una altura de 12 metros y un ancho de 45 metros. Edificios de escala comparable han sido observados en otros valles de la costa central, especialmente en Chancay y Chillón (Williams 1971; Silva y García 1997), y similares contrastes de volumen

en edificios públicos han sido discutidos en valles de la costa norcentral como Casma (Pozorski y Pozorski 1992). En el caso de este último valle, dichos contrastes han sido interpretados como reflejo de una posición diferenciada de los sitios dentro de una jerarquía de asentamientos político-administrativos (Pozorski y Pozorski 1987: 20-39; 1992: 862-863). Bajo esta idea, el enorme sitio de Sechín Alto ha sido identificado como la capital de una entidad política de carácter teocrático y complejo, mientras que los centros más pequeños pero formalmente similares de Las Haldas y Sechín Bajo han sido asignados a un segundo escalafón en la jerarquía de sitios administrativos de este valle durante la etapa tardía del Periodo Inicial. No obstante, tal como es evidente a partir de los casos de Mina Perdida y Cardal, las diferencias existentes en cuanto a tamaño entre los complejos públicos puede ser el reflejo de la duración de su ocupación y no necesariamente un símbolo de las diferencias en poder o prestigio.

A partir de la evidencia disponible, puede sostenerse la posibilidad de que en Cardal se hubiese invertido más trabajo durante las construcciones tardías del Periodo Inicial que en Mina Perdida, cuyo tamaño es considerablemente mayor. Se podría argumentar que al fundarse tiempo después que Mina Perdida, el incremento de la prosperidad de Cardal le permitió disponer de mayor cantidad de mano de obra para sus construcciones públicas. La relación entre los centros públicos del valle bajo de Lurín no es entendida por nosotros como una jerarquía inamovible, sino como reflejo de su importancia variable y cambiante a través del tiempo. Sea cual fuere el caso, las evidencias actuales sugieren que estos complejos deberían ser considerados como centros coetáneos de importancia más o menos equivalente durante la parte final del Periodo Inicial. Si esto fue así, entonces el patrón de asentamiento en el valle durante el Periodo Inicial reflejaría una serie de entidades políticas de escala reducida, cada una de ellas con un centro caracterizado por arquitectura monumental y numerosas aldeas y caseríos. Además, si empleamos como guía patrones etnohistóricos y etnográficos más tardíos, podría plantearse que cada unidad social fue responsable de la construcción y mantenimiento de un canal que habría dotado de agua a sus terrenos agrícolas. En otras palabras, cada entidad política habría controlado una extensión relativamente pequeña de tierra irrigada en el valle bajo (Rostworowski 1977).

Sugerimos como hipótesis que cada uno de los complejos con arquitectura monumental cumplió funciones como centro social y religioso para una sociedad pequeña particular, y que los edificios constituyeron marcadores territoriales que manifestaron la legitimidad de la propiedad sobre las tierras cultivadas. Así, en un medio políticamente acéfalo, con un patrón de asentamiento disperso, estos

centros sirvieron para integrar a la población a través de rituales y eventos sociales periódicos, donde las familias y linajes se unían bajo una identidad común para llevar a cabo actividades conjuntas que incluían el entierro y la renovación de la arquitectura pública. Desde esta perspectiva, las construcciones de carácter monumental simbolizan el cuerpo social y sus valores culturales compartidos. A través del manejo cíclico del trabajo comunal, a lo largo de varios siglos, estos complejos materializaron los vínculos sociales e ideológicos que unían a la comunidad con el pasado y, a la vez, afirmaron su legitimidad y vitalidad continuas.

Si este modelo es correcto, esperaríamos que cada uno de los centros con planta en «U» fuese una expresión única de su propia historia y que reflejen igualmente el tamaño y carácter de la sociedad responsable de su construcción. Dado que estos centros habrían estado en competencia unos con otros, tanto para conseguir prestigio como para captar población, la arquitectura pública y el arte habrían sido un vehículo provechoso para expresar simbólicamente la identidad comunal. A la luz de estas hipótesis, algunas de las diferencias entre Cardal y Mina Perdida pueden ser comprendidas. Por ejemplo, en Cardal la configuración original del complejo fue modificada con la introducción de nuevos rasgos importados desde áreas externas de la costa central. Aproximadamente hacia fines de 1.000 a.C. se inició la construcción de una serie de diez patios circulares, semisubterráneos y algunas veces superpuestos sobre cuartos rectangulares o áreas de tránsito. Poco antes de su abandono, el planeamiento arquitectónico se modificó todavía más al añadirse plazas duales de forma rectangular. La repetición del patrón típico de enterramiento y construcción de estructuras en varios sectores, tal como lo atestigua la construcción del atrio tardío encima del atrio medio (Burger y Salazar 1991), sugiere que las innovaciones fueron particularmente importantes.

Alrededor de esa misma época, no se realizaron innovaciones comparables en el complejo cercano de Mina Perdida. De hecho, no se han detectado patios circulares en el sitio, ni en la superficie actual ni en las fotos aéreas de 1945. Por el contrario, la configuración original del sitio fue mantenida y reproducida cuidadosamente. Como ya se ha mencionado, se caracteriza por montículos laterales significativamente largos y bajos que flanquean la plaza central; característica que comparte con el centro de La Florida del valle del Rímac perteneciente al Periodo Inicial en su fase temprana. Más aún, Patterson (1985), Williams (1985) y otros han sugerido de manera plausible que este tipo particular de centro con planta en «U» puede ser característico de los inicios del Periodo Inicial. Es posible que los constructores originales de Mina Perdida conservaran este diseño debido a su popularidad en los momentos en que iniciaban sus construcciones públicas.



Sin embargo, habría sido relativamente fácil modificar el complejo en los siglos posteriores, incrementando el volumen de los brazos laterales y añadiendo rasgos como los patios circulares hundidos.

Por otro lado, dos fechados radiocarbónicos ( $2.870 \pm 90$  a. del p. [I-16762] y  $2.960 \pm 80$  a. del p. [I-1577]), procedentes del brazo oeste, indican que durante la etapa final del sitio las plataformas laterales continuaron siendo remodeladas mediante ensanchamiento y alargamiento. La decisión de continuar reproduciendo el viejo formato con planta en «U» de Mina Perdida podría haberse favorecido por el deseo de subrayar la gran antigüedad de la comunidad, en contraste con los centros «advenedizos» como Cardal. De manera similar, la incorporación de nuevos elementos en la arquitectura pública de Cardal pudo haber simbolizado sus demandas de innovación y flexibilidad.

Cualquiera que sea nuestra interpretación, los contrastes formales identificados entre Mina Perdida y Cardal tienden a reforzar la idea de independencia entre ambos, pese a que compartían ciertos rasgos en común. El patrón descrito aquí, referente a los centros del Periodo Inicial del valle de Lurín, presenta muchas semejanzas con la información etnográfica relativa a la organización ceremonial de los mapuches. Entre ellos, las similitudes genéricas entre los centros ceremoniales pertenecientes a grupos sociales diferentes expresan creencias religiosas inherentes y compartidas en todo el territorio. En un nivel más mundano, estas congruencias formales facilitaron la participación de los mapuches foráneos en las ceremonias y otras actividades durante ciertas épocas del año, y también reforzaron el rol de los centros ceremoniales como espacios de intercambio, y/o para establecer alianzas intergrupales mediante la búsqueda de cónyuges potenciales (Dillehay 1990).

### **Aproximación a los fundamentos sociales del Periodo Inicial en el valle de Lurín**

Las observaciones precedentes nos brindan algunas ideas respecto del contexto sociopolítico en el cual surgieron los complejos monumentales del Periodo Inicial que hemos discutido. Puesto que existen pocas analogías etnográficas apropiadas y dado que nuestro conjunto de evidencias arqueológicas es muy escaso para proceder a la inducción directa, plantaremos un modelo interpretativo coherente con las evidencias disponibles.

En las sociedades más tardías de los Andes centrales, la identidad social se definía a partir de la participación en los ritos comunales y los trabajos públicos, así como por el nacimiento y el matrimonio. No había distinción alguna entre los ritos religiosos y los proyectos corporativos de la comunidad, puesto que las actividades consideradas por nosotros como mundanas —tales como la limpieza de canales— se efectuaban en el contexto de festividades religiosas. La realización apropiada de dichas ceremonias era parte de los procedimientos necesarios para asegurar una adecuada provisión de agua, cosechas exitosas y salud para la comunidad. Tales actividades eran llevadas a cabo anualmente, de acuerdo a un calendario agrícola-religioso (Tello y Miranda 1923).

Creemos que las normas sociales e ideología religiosa, tales como aquellas presentes en las sociedades andinas tardías, fueron suficientes para sostener el patrón de construcción y reconstrucción gradual que dio origen a los complejos monumentales del Periodo Inicial. Lo que distingue a las obras públicas del Periodo Inicial no es el trabajo invertido en un solo episodio de construcción, sino su constante repetición durante muchos siglos. Tal patrón puede entenderse dentro de un sistema agrícola-religioso que incluyó también el mantenimiento de los sistemas de riego. Quienes estuvieron a cargo de fomentar y organizar estas actividades habrían sido aquellos individuos, familias o linajes investidos con el conocimiento sagrado de la comunidad. La escala de las obras públicas y la evidencia arqueológica obtenida otorgan validez lógica a este aspecto del modelo.

Por otro lado, las excavaciones realizadas detrás de, y junto a, las plataformas de las pirámides centrales de Cardal, Mina Perdida y Manchay Bajo revelaron evidencias de pequeños conglomerados habitacionales de carácter doméstico. En Cardal, por ejemplo, un examen selectivo nos llevó a concluir que el área doméstica comprendió tan solo una zona de tres hectáreas, y que no más de doscientas a trescientas personas residieron allí al mismo tiempo (Burger 1987).

En vista de que la población residente habría representado tan solo una pequeña fracción de toda la sociedad implicada en la construcción y actividades de Cardal, sugerimos que las unidades domésticas analizadas pertenecieron a un grupo selecto, tal vez a aquellos vinculados más estrechamente con la organización de las actividades del centro ceremonial. El hallazgo de una pequeña área de enterramiento, que data del último siglo de ocupación de Cardal en la cima del montículo mayor, complementa esta interpretación. Es posible que tales entierros hayan reemplazado a aquellos asociados a las casas de los niveles inferiores y que correspondan a los líderes de Cardal. Por lo tanto, los desechos y bienes

asociados a los contextos funerarios brindarían información respecto del estatus que gozaban estos individuos dentro de su sociedad (Burger y Salazar 1991).

En contraste con las suposiciones de Trigger, Friedman, Haas y Pozorski, las asociaciones de los entierros, tanto de la cima como de los sectores inferiores, caracterizan a personas dedicadas activamente a labores artesanales y agrícolas, tales como labrar la tierra, separar las semillas de la fibra del algodón, hilar, elaborar instrumentos óseos, etcétera. Si nos basamos en los escasos materiales disponibles, aparentemente el status social que ostentaban estas personas no se traducían fácilmente en poder económico y riqueza personal. Esta conclusión guarda correspondencia con la ausencia de objetos elaborados por especialistas que habrían servido como emblemas de autoridad y riqueza en una sociedad estratificada.

Los hallazgos de 1993 y 1994 detrás del montículo central de Mina Perdida sugieren también que habría existido una relación dinámica entre los ambientes de la arquitectura monumental y la población residente. Sin embargo, hasta el momento no hay evidencias de restos domésticos correspondientes a los primeros cuatro siglos de ocupación del sitio.

Durante la ocupación final de Mina Perdida prevalecieron las construcciones perecibles, construidas con postes y quincha, y asociadas con desechos domésticos. En algunos casos pudo registrarse una secuencia clara de estructuras de este tipo. Hasta el momento disponemos de cuatro fechados radiocarbónicos provenientes de muestras asociadas a tales edificaciones:  $3.000 \pm 50$  a. del p. (Beta-77674);  $3.030 \pm 100$  a. del p. (I-17977);  $3.070 \pm 100$  a. del p. (I-17978) y  $3.090 \pm 100$  a. del p. (I-17976). Estas construcciones apoyarían la hipótesis de una ocupación temporal en el sitio. Igualmente, las edificaciones de piedra del área habitacional fueron levantadas aparentemente durante la última fase de ocupación de Mina Perdida. En 1994, una de ellas fue hallada superpuesta a estructuras de carácter perecible más tempranas e inmediatamente debajo de la superficie agrícola moderna.

En Mina Perdida la asociación entre la arquitectura doméstica y la arquitectura monumental parece haber sido tenue durante la mayor parte de la historia del sitio. Como en Cardal, su estrecha vinculación habría sido limitada incluso durante el último siglo de vida del sitio. Por otro lado, casi no se encontraron objetos de manufactura exótica o producción especializada entre los desechos domésticos. De hecho, la mayoría de los vestigios recuperados en estos contextos consistía en cerámica muy simple y restos alimenticios. Si bien las estructuras pudieron haber sido utilizadas por un grupo social selecto —el mismo que habría

sido responsable de la construcción del sitio—, no hay evidencias que sugieran que este grupo tuviese mayor riqueza o poder económico que otros agricultores del Periodo Inicial en el valle de Lurín.

Puesto que es difícil aproximarnos a través de la arqueología al rol que jugaron las normas sociales en el trabajo cooperativo, debemos prestar atención a las evidencias de ritos e ideología religiosa persistentes durante todo el tiempo de uso de la arquitectura pública, lo que sugeriría que la ideología constituyó una motivación importante para las construcciones de este tipo. Tal vez la evidencia más expresiva del vínculo existente entre la arquitectura monumental, la ideología religiosa y la organización social, sea aquella hallada en la cima de la plataforma de la pirámide principal de Cardal.

Una enorme escultura de arcilla que representa una boca a manera de banda, con dientes entrecruzados y colmillos imponentes, decoraba el descanso ubicado sobre la escalinata central de Cardal y flanqueaba el acceso al atrio donde se llevaban a cabo los rituales religiosos (véase artículo de Burger y Salazar en este volumen). En las esculturas andinas tempranas, los colmillos son iconos comúnmente utilizados para representar o aludir a las fuerzas sobrenaturales e imponentes. Pensamos que la representación de colmillos en las paredes elevadas del templo, en una ubicación fácilmente observable desde la plaza, señalaba los tipos de actividades que se llevaban a cabo en el atrio y en la cima del edificio.

Cabe resaltar que los entierros antes mencionados, ubicados en la cima del templo, fueron localizados dentro del atrio, siendo posible acceder a ellos únicamente luego de atravesar la gran boca esculpida. Sin embargo, a pesar de haber sido enterrados en uno de los lugares más sagrados del complejo monumental, solo algunos individuos estaban acompañados por ofrendas funerarias de material no perecible. Generalmente, estos bienes asociados correspondían a objetos personales que habían sido empleados en actividades productivas cotidianas, tales como la cocina y la textilería. Varias de las vasijas utilitarias colocadas como ofrendas habían sido rotas y reparadas en épocas anteriores.

Uno de los contextos más distintivos era de un adulto masculino, quien había sido enterrado sosteniendo en una mano un implemento óseo para tejido, y ostentando un collar de dientes de lobo de mar y orejeras talladas en hueso de ballena. Si bien estas ofrendas señalan que este individuo pudo haber gozado de un rango especial dentro de su sociedad, no sugieren que dicha posición se haya basado necesariamente en la apropiación del trabajo o la riqueza de otros individuos.

## Conclusiones

En resumen, consideramos que la arquitectura monumental y el arte público del Periodo Inicial en el valle de Lurín fueron aspectos integrales de la vida sedentaria en los Andes. Su construcción y crecimiento fueron consecuencia natural de la base agrícola con irrigación sobre la que se sostenían las comunidades asociadas a tales edificios. A través de los siglos este proceso dio lugar a complejos arquitectónicos de proporciones gigantescas, derivados de sistemas socioeconómicos sorprendentemente productivos y estables, apoyados por una ideología firme y con suficiente poder para movilizar mano de obra con propósitos públicos. Era inevitable que el crecimiento poblacional durante el segundo milenio antes de Cristo produjera presiones y divisiones en la economía de los grupos humanos del valle y resultara en la ocupación de aquellas áreas del valle bajo antes deshabitadas. Así, a fines del Periodo Inicial, existían en Lurín seis complejos imponentes con planta en «U» en funcionamiento, todos ellos ubicados a una distancia de diez kilómetros entre sí.

Tanto como centro de la vida social, cuanto como símbolo visible del nexo entre la comunidad y su pasado, la arquitectura pública proporcionó una prueba tangible de los derechos históricos que la entidad política que la hizo posible tenía sobre algunos recursos críticos, tales como el agua y la tierra. Paralelamente, propició un ambiente en el que también podían entrar en juego una serie de fuerzas sociales potencialmente destructivas, y constituyó el escenario ideal para la invocación de las fuerzas del reino sobrenatural en favor de la comunidad, así como para la solicitud de dádivas personales o servicios económicos particulares por parte de los miembros de los diversos grupos sociales durante las celebraciones estacionales realizadas en cada centro.

Uno de los factores distintivos de la prehistoria andina es el desarrollo temprano de diversos mecanismos sociales e ideológicos para movilizar mano de obra. En este sentido, la construcción de grandes complejos de arquitectura monumental, a través de la canalización del trabajo comunal, constituye un testimonio relevante de la capacidad creativa de las sociedades no estatales. Con el correr de los siglos estos patrones culturales fueron posteriormente adoptados por sociedades andinas más complejas. En este nuevo contexto, las grandes pirámides y la fina escultura se convirtieron en una característica importante de la autoridad estatal y el poder coercitivo. Pese a los vínculos tecnológicos e históricos de estas construcciones tardías con los grandes complejos del Periodo Inicial, en términos socioculturales el rol integrador de la tradición andina de arquitectura monumental sufrió profundas transformaciones.

En resumen, las generalizaciones transculturales, como aquellas sugeridas por Trigger, no parecen concordar con las evidencias arqueológicas registradas en el valle de Lurín. El desarrollo de la tradición de arquitectura monumental en los Andes centrales parece haber estado íntimamente vinculado con la ideología y las relaciones de producción entre comunidades agrarias poco diferenciadas entre sí, antes que con el control de la mano de obra ejercido por las élites de sociedades estratificadas. Por ello, afirmamos que en lugar de caracterizar el surgimiento de sociedades complejas tipo Estado, la frecuencia de las construcciones monumentales en la costa central del Perú, en realidad, disminuyó con la aparición de esta entidad política, debido a que el derecho a construir este tipo de edificios se convirtió en una prerrogativa exclusiva del aparato estatal y sus instituciones religiosas.